

CLAUDIA ACUÑA
NO ESTÁS
SOLA

Novela  Planeta

Claudia Acuña

NO ESTÁS SOLA

NO ESTÁS SOLA

—

Currículum

Mientras camina descalza por la vereda, con su camisón más ridículo y más corto, los ojos vendados con una media de nylon negra y soportando en la nuca el caño del revólver, recuerda la frase que un colega le escupió esa mañana en las redes sociales:

—¿Quién carajo te creés que sos?

Nadie.

Había logrado, finalmente, ser nadie.

Le había costado mucho.

Dinero, sobre todo: cuesta caro ser nadie.

Desprecio, también.

En tiempos encandilados por una aristocracia de *influencers* y *celebrities* pertenecer a la Orden de la Representación concede privilegios.

Ser nadie, en cambio, significa quedar expuesta a la inclemencia de la intemperie.

Y ahí está ahora, arrastrada por una impunidad tan obscena que ni se ve.

En el auto la sientan atrás, los matones a cada lado y un tercero al volante. Le aplastan la cabeza sobre las rodillas y el caño del revólver en el hueco de la nuca durante todo el trayecto, que calcula de veinte minutos. Son diez: a esa hora ir de Almagro al Bajo Flores un martes de febrero a la madrugada es apenas un tranco, y más si pasan de largo todos los semáforos.

Sin palabras, la obligan a bajar.
Siente el barro apenas apoya el pie desnudo.
Imagina que está en un baldío.
Es la villa.
Lo intuye cuando escucha los ladridos. El crujido de la
puerta de lata se lo confirma.
Con un empujón la hacen entrar.
Reconoce con los talones el fresco del piso de cemento y
también su mugre.
Ha llegado a algún lugar que huele a guiso y a orín.

3

Trata de anticipar qué le espera, pero no puede concentrarse
porque está atrapada en otra duda: con ese camisón ridículo,
que su torpeza jibarizó en el lavarropas, ¿se le ve la bombacha?

Silencio.

Recuerda con alivio que después del baño de inmersión se
puso esa grandota, de algodón, rayadita.

Silencio.

Podría pasar por un *culotte*.

Silencio.

Siente en el cuello el hedor que expulsan los matones por
el hocico y el caño del revólver clavado en el riñón que la obli-
ga a avanzar hacia el abismo.

Le tiran del pelo para darle la orden de stop.

Y así, convertida en una cosa ciega y sin voz, espera la sen-
tencia.

Sonríe.

¿Por qué no tenés miedo?

¿Quién carajo te creés que sos?

Cuando le sacan la media de los ojos los mantiene apretados para resguardarse en su propia oscuridad.

Elige imaginar cuál.

El cine es un buen lugar para morir y ha llegado la hora de seleccionar la película: *El gran pez*.

En su sepelio no habrá gemelas unidas por la cintura, pero sí acróbatas de la vida, poetas travestis, putas dominicanas, vendedoras de chipá, las pibas de Villegas, los chicos de la Isla Maciel y los de Villa Corina, las locas del Moyano, las cartoneras de José León Suárez, las mozas que recuperaron el restaurante La Robla y las mucamas paraguayas que autogestionan el Hotel Bauen, al lado de la actriz que ganó las palmas del último Festival de Cannes, la diputada que lidera la oposición, la sobreviviente de la ESMA y la hija del genocida que mató al poeta Paco Urondo: sus amistades más entrañables. También los voceros de los últimos dos gobiernos —que solo ella sabe que compartieron la misma cama en tiempos que ni soñaban ser la voz de partidos enemigos—, el juez de la Corte, la estrella del rap y la líder de la cumbia queer. Y periodistas, claro, porque finalmente eso es ella: una que muy rápido había llegado a donde todos quieren estar y que al toque de erigirse en la cumbre, se bajó.

¿Qué había visto ahí arriba?

Nada.

Por eso huyó.

Celina Vincenzi, guaraní nacida en San Justo.

Autodidacta.

Atea devota.

Profesión: sobreviviente.

Frase de cabecera: «Si no te respetan que te tengan miedo».

Advertencia: «No sé que mido un metro cincuenta y seis».

Así comienza el currículum que le entrega al gerente periodístico que la convocó por la eufórica recomendación de una de las viejas glorias del periodismo local. Canoso, dorado por un sol artificial, con un traje de diseño color tabaco y una camisa de algodón que resalta su cuello tenso, insignia de un hámster de gimnasio, aquel cincuentón disciplinado solo le inspira confianza porque en lugar de corbata lleva un moño rojo, de seda y con puntitos amarillos.

El gerente lee cada línea y la mira.

Una frase y revolea los ojos arriba de los anteojos.

Otra oración y otra vez los ojos saltando por encima del marco dorado.

—¿Qué querés decir con esto de la altura?

—Que a veces actúo como si midiera igual que Sarah Connor en *Terminator 2*.

—No la recuerdo especialmente alta.

—Yo tampoco. Lo que recuerdo es que estaba mal medicada: la dosis no estaba a la altura de su apego al conflicto.

—A ver si entiendo: ¿me estás diciendo que sos conflictiva?

—Le estoy diciendo que tengo baja tolerancia al conflicto, por eso para que se termine rápido abrevio y salto directo al nivel más alto.

—¿Funciona?

—Funciona porque no sé cuánto mido.

Siempre elige el vestuario de acuerdo a la situación que debe enfrentar. Para esa entrevista laboral optó por un vestido de seda con florcitas celestes, corte princesa, largo hasta los to-

billos: el encaje del cuello funciona como un suero anti-punk.

El pelo jalado hacia atrás con dos hebillas con muchas flor-citas. Celestes también.

Los zapatos: mocasines color cielo.

No es un disfraz.

Es usar la ropa como medio de comunicación.

En este caso, su forma de expresar respeto al ridículo.

7

Durante el primer año representa el personaje de Editora del Gran Medio en la obra *Cómo se moderniza un diario* con la esperanza de esquivar la condena de convertirse en lectura exclusiva de geriátricos.

Al segundo, detecta un peligro asomando por el horizonte: en lugar de publicar la información, prefieren ocultarla.

Comprende así que el negocio de los diarios ya no será la noticia sino la extorsión. Y para cartelizar la información necesitan operadores, no periodistas.

¿Reconvertirse o morir?

¿Esa es la cuestión?

Renuncia.

8

—¿Hay algo que podamos ofrecerte para que te quedes?

—No.

—Tenemos planeado un gran futuro para vos en este diario.

—Lo sé.

—Estoy... ¿cómo decirlo?... sorprendido. Como gerente tengo que darle una explicación a la empresa y no sé cuál es: creí que estabas cómoda, mucho más que cualquiera en este diario...

—... la semana pasada me pidieron que califique, en una escala de 1 a 10, a cada una de las cincuenta personas que dependen de mí. Pregunté al gerente de personal si el objetivo era elaborar una lista de despidos y me respondió que venían tiempos de ajuste. La explicación de mi renuncia es simple: si se ahorran mi sueldo van a tener que despedir a menos gente.

—¿Es por eso?

—Y por todo lo que comienza con eso: tal como dijiste, esta empresa tiene pensado un futuro para mí. Sé cuál es. Lo agradezco, pero no lo quiero.

—¿Sabés lo que te va a pasar si hacés eso?

—Sí.

—No lo creo.

—Y por eso estás atornillado a ese sillón: no creés.

—Te equivocás: creo que esto no es solo un trabajo.

—Lo sé: esto es un pueblo de Puig.

—Ahora sí que no te entiendo.

—Leé *Boquitas pintadas* y vas a entender.

—La leí, pero ¿qué tiene que ver?

—Cada redacción es como uno de esos pueblos de provincia que con halagos y censuras te encadena a un destino social. Desobedecerlo no te convierte en heroína, sino en la chica mala.

—¿Y sabés lo que significa en esta profesión ser la chica mala?

—El Pulitzer.

Diez años después, cuando ya se había inventado otra vida, se enfrenta a la versión villera del mismo desafío.

—Sentate ahí.

No es una orden.

Reconoce la voz de la mujer y abre los ojos.

Lo que ve le hace comprender todo.

El dilema tiene otros términos, pero las mismas consecuencias: no la van a matar, pero algo de ella va a morir ahí.

NO ESTÁS SOLA

Aparatos

Reconoce esa sangre.

No es líquida: es pastosa, casi una gelatina, más marrón que roja.

¿Es por el calor que irradia el techo de chapa?

¿O son los pedazos de cerebro mezclados con vaya a saber qué?

¿La mugre del piso?

¿La médula?

¿Los pelos?

Reconoce al hombre.

Lo vio tantas veces con esos mismos ojos en blanco por la borrachera que lo hacía tambalear y hablar sin sentido y sin parar, una puteada tras otra, todas asquerosas, humillantes, sexuales. Es petiso, muy, así que en el piso y desparramado parece un enano tumbado, con el pantalón gris orinado hasta las rodillas, los zapatos marrones, sucios, rotos y la camisa celeste desabotonada hasta el ombligo.

Ni así parece humano.

Siente pena de no poder sentir pena por él.

¿Cómo puede una persona inspirar tan poca compasión?

Hay que conocer a Ramona para entenderlo.

Hay que ser testigo de cómo esa menuda y delicada mujer aymara se convierte en vendedora de limones, ajos y especias en la puerta del Coto de avenida Alberdi, casi Bonorino, todos los días, de siete a siete. Hay que saber que es madre de cuatro hijos, todos seguiditos, todos menores de seis, a los que carga todas las cuerdas que separa la villa del supermercado, para tirar el aguayo y pasar el día ahí, a la intemperie, rezando para que el patrullero no le cobre hoy los 500 pesos semanales que

le impone para poder estar ahí, tirada en la calle, juntando moneda por moneda.

Hay que verla regresar caminando todas esas cuadras, con los chicos llorando de cansancio, y rezar otra vez para que los pibes de La Bandita del Pasillo no le cobren los 50 pesos de peaje para dejarla pasar sin robarle el monedero.

Hay que estar cuando llega a la casilla de lata para bañar a los hijos en una palangana de plástico con agua calentada en ollas, preparar la comida y sentarse a esperar que llegue El Tiki, borracho hasta las medias, y rezar otra vez para que solo le pegue a ella.

Cuatro veces estuvo Ramona internada por los azotes de El Tiki, dos con hemorragia cerebral.

Setenta y seis son las marcas en la cara, en los brazos, en las piernas y en la entrepierna, memorias de los azotes que recibió desde que se casó con El Tiki, a los 15, hasta hoy, el día en que Ramona cumple 21 años.

2

—Te mandé a traer para que me soluciones esto.

La que le habla es Reina, literalmente la soberana de la comunidad boliviana del Bajo Flores, una mujer puro hueso y chola pura, que lleva las trenzas, la pollera tableada y el poncho bordado como joyas y atributos de poder. Así, impecable e implacable, está parada al lado del cadáver de El Tiki.

—Esto no tiene solución.

La respuesta de Celina, dicha con ese tono de impotencia y con ese camión, afloja la tensión.

Pregunta por Ramona y los chicos. Reina hace un gesto con la mano que basta para entender que están a salvo. No pide ni detalles ni explicaciones. Sabe todo porque ya lo ha visto todo. A esa altura incluso sabe por qué la arrastraron así hasta ahí:

Reina tiene modales de puntera y los matones que irrumpieron en su casa son pibes que reciben órdenes y las cumplen con disciplina de Narco Scouts.

—Se te tiene que ocurrir algo porque Ramona no puede ir ni un día presa por esto, y vos lo sabés muy bien.

Sabe también que llegó el momento de mover la cabeza afirmativamente para que quede explícito que acepta las reglas y el juego: Reina siempre tiene razón.

3

Cuántas denuncias presentó Ramona en la Oficina de Violencia Doméstica, soportando horas y horas de espera —doce una vez, ocho otra, no menos de siete la mayoría—, con los chicos a cuestas y el miedo en cada hueso, en cada palabra, en cada mirada y en cada silencio; ese miedo sin lágrimas, sin escalofríos, sin quejas; ese miedo a vivir sin paz, sin justicia y, sobre todo, sin dinero para escapar de El Tiki, de su sombra y de esa mano que su oficio de albañil había convertido en un ladrillo.

Cuántas veces había visto llegar a Ramona al comedor del Bajo Flores con la cara violeta, los brazos azules, las piernas verdes y la cabeza baja por el peso del dolor y la vergüenza, humillada y resignada.

Fue por Ramona que Celina quiso organizar una charla sobre la violencia que soportaban en silencio las mujeres de la villa. Habló entonces con la puntera que controlaba el comedor y una vez que obtuvo el sí —que demoró varios días— preparó carteles y volantes. Anunció así que iban a proyectar una película hecha por una cineasta boliviana. No dijo nada más: ni que era feminista ni que mostraba cómo las mujeres de una comunidad de El Alto se habían organizado para liberarse de la violencia que las ataba. Le pareció que no hacer

explícito el guión era lo mejor para que las vecinas de la villa no tuvieran que dar explicaciones ni en su casa, ni a las referentes que las controlan. Tres días antes de la proyección, la encargada del comedor le dijo que quería ver antes la película. Le entregó una copia. Al día siguiente conoció a Reina.

La citó en el comedor esa misma noche, algo que para los códigos villeros es una manera de poner a prueba a cualquiera. Cuando llegó, Reina estaba rodeada de mujeres más jóvenes. Con solo verlas comprendió que eran ajenas a la villa, pero vivían de la villa.

Cinco se presentaron como «militantes territoriales» y la sexta como «educadora popular».

Tres usaban la pollera arriba del pantalón.

Solo una no tenía anteojos.

Todas eran integrantes de diferentes organizaciones que administraban la ayuda estatal que llegaba al comedor, menos la comida: ese era el límite que habían logrado imponerles las mujeres de la villa.

La única que habló aquel día fue Reina y fue clara:

—Acá damos de comer, damos clases de apoyo escolar, de inglés, de comunicación popular, de tejido. Y punto. ¿Entendido?

La proyección se suspendió.

Aquella fue la última visita de Celina al comedor. Entendió que el arribo de las ovis militantes marcaba el fin de una etapa: la solidaridad se había convertido en una profesión.

Ahora, cuando sus antecedentes la convirtieron en la referencia a la cual acude Reina, tiene que imaginar muy rápido y muy nítido qué otras representaciones se desarrollaron desde entonces en ese escenario y con qué consecuencias.

—Se te tiene que ocurrir algo, repite Reina impaciente.

Celina sigue en silencio.

—Algo, lo que sea...

Presionada, abrevia.

—... lo único que se me ocurre es hablar con Dios.

Entre las tablas de la falda Reina saca un celular y disca.

Y así, paradas al lado del cuerpo, con los dos matones custodiando la puerta y durante un tiempo que parece eterno por ese silencio de misa —que no es en honor a El Tiki sino a la necesidad que comparten de que esa idea funcione—, esperan con fe inquebrantable el arribo de El Dron.

El Dron es el apodo que usan en la villa para nombrar a un aparato más poderoso que Dios, en un territorio donde hasta los evangelistas invocan al diablo para arrear al rebaño.

Lo mucho que Celina había investigado y lo poco que había averiguado sobre su milagroso poder, lo resume así:

- El Dron no funciona como el panóptico de Foucault, sino como el Aleph de Borges: sabe qué agujero mirar para ver todo.
- En plena era de vigilancia virtual y de algoritmos, El Dron basa su poder en la administración de cuerpos y territorios que —por excluidos— quedan fuera del control digital.
- Es un aparato del Servicio de Inteligencia, conformado por el escuadrón policial más antiguo, que quedó replegado a todo lo «viejo» y terminó reconvirtiendo su

poder al dominar aquello que es inalcanzable e incomprensible para el nuevo sistema de control digital: los márgenes.

- Gobierna todo lo que produce el Agujero Negro. Y lo que produce actualmente es:
 - a) En menor medida: fuerza de trabajo precarizada para la industria de servicios moral y legalmente reconocida. Principalmente, venta ambulante, construcción y changas.
 - b) En gran cantidad: fuerza de trabajo esclava para la industria de servicios legalmente criminalizada y judicialmente impunizada. Principalmente, explotación sexual, comercialización de drogas y delivery de delitos.

6

No tiene idea de por qué El Dron acepta venir a esa hora, pero ese gesto le alcanza para medir la influencia de Reina y apuesta a eso como a un pleno jugado a ciegas en el casino que es toda villa.

Apenas entra, Celina va al grano como para hacerle saber que no la amedrenta:

—Pasó lo que sabíamos que iba a pasar y ahora tienen que hacer lo que nunca hicieron.

El Dron tiene puesto un jogging celeste y le queda apretado. En su prontuario debería constar que calza sandalias Crocs, marrones. Bajo, pelado, de anteojos, como cualquiera de los tantos que se parecen al insignificante George de *Seinfeld*, su aspecto lo convierte en alguien notoriamente menos importante que Reina, que domina la escena en silencio, como una jueza que espera la opinión del perito.

El Dron mira al muerto, mira a Reina después, que sigue imperturbable, y le responde a Celina sin mirarla:

—Se cayó borracho. Quedamos así y me debés un favor.

A pesar del disfraz deportivo que lo hace parecer inofensivo, Celina advierte que esa frase, dicha por él delante de esa gente, es más peligrosa que el viaje con los matones que la arrastraron hasta allí. Tiene menos de diez segundos para neutralizarla y no los usa. Antes de que El Dron termine de hablar, Celina contraoferta:

—Se cayó borracho. Quedamos así y usted me debe 999 favores.

7

Las palabras en la villa son como la sangre gelatinosa de El Tiki: ni se reconoce qué son, así que es otra cosa la que deja en claro quién es Celina esa madrugada.

Es esa orden de «vamos» que con la mano le dirige a los dos matones, que la obedecen.

El tercero sigue en el auto.

Se sienta a su lado y espera que se acomoden los otros atrás.

El morocho al volante le mira las piernas desnudas. Aprovecha para tirar de ese estímulo como del collar de un perro bravo y feo, pero obediente.

Sabe cómo hacerlo: lo aprendió en una redacción.

Con su tono más fálico, le ordena:

—Vamos.

Apenas llega a su casa va directo a revisar por dónde habían entrado los matones. Encuentra rota la cerradura de la puerta de atrás —la de la cocina, que da al patio— y la tranca con la mesa. Recién después busca el celular: dos llamadas perdidas de Dr. Hot, que está de campamento con los chicos, compartiendo la pesca y las risas. Una salida de padres e hijos del colegio: solo varones.

No duda en llamarlo, a pesar de que ya son las 5 de la mañana y lo que más necesita es bañarse para sacarse de encima la mugre de los pies.

Sabe qué es lo primero que tiene que decirle para no alterarlo:

—Vamos a tener que arreglar la puerta de atrás.

El cuento es breve, porque quiere ir directo a lo importante.

—No sé si estuvo bien o mal lo que hice: ni pude pensarlo.

—Hiciste lo posible lo mejor posible: la mayoría de las veces es así y hay que aceptarlo. No vas a cruzar la cordillera arriba de una mula y con asma. Ya no hace falta. No somos héroes. No lo seremos. No queremos serlo...

—... pero me acabo de convertir en todo lo que odio.

—¿Te inyectaste botox?

Ese es su marido: el único hombre que la hace reír.

Dr. Hot es Rodolfo Vázquez, médico cirujano, un metro ochenta de morocho, blanco y pelo ondulado que todas las mañanas disciplina con gomina, por comodidad y porque sabe que así despeja el triángulo agudo de sus pómulos.

A su lado Celina logró construir una rutina sin sobresaltos,

como si la vida no tuviese misterios ni desencuentros ni las personas neurosis ni malhumor.

Lo que sí tiene la vida es paradojas y Celina está agradecida de haber aprendido junto a Dr. Hot a surfear esa contradicción, enunciando una Ley de Gravedad propia:

«En el mismo momento que está pasando algo muy malo
también está pasando algo muy bueno.
Y viceversa».

Algo así como el principio de Foucault —«donde hay poder hay resistencia»— aplicado a lo cotidiano.

Su ejemplo preferido es el propio Dr. Hot, a quien conoció El Peor Día de su carrera periodística.